

EL PORVENIR

SEMENARIO CARLISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Cuatro pesetas
año. --Número suelto, 5 céntimos.

Pago adelantado.

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

Administración: Calle de la Sal, núm. 6

ANUNCIOS á precios económicos.

Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja.

Ha llegado la hora.

Una vez, poco antes de ser llevado al Pretorio, oraba Jesús, apartado de los Apóstoles, en el huerto de Gethsemaní; en aquella oración había experimentado cruel y prolongada agonia, y al acabarse se oyó un susurro semejante al que producían las abejas de Engadi esparcidas por el pastor israelita de las huecas encinas. Entonces, volviendo á sus discípulos, les dice: *cerca está el que me ha de entregar..... ha llegado la hora.* ¿Qué producía aquel rumor sordo y aún lejano? ¿Qué relación tenía con el Redentor del mundo?

Aún cubrían el áspero camino de Betania las verdes palmas que el pueblo había arrojado á su paso; aún resonaba en el aire el eco de los *hosannas* con que le había saludado Rey de Sión, hijo de David, cuando le buscaba para perderle, para inmolarse con refinada crueldad y bárbara complacencia en infamante patíbulo. Aquel pueblo alimentado milagrosamente por el Salvador en el desierto, queriendo coronarle Rey por el beneficio, cien veces testigo ocular de sus prodigiosas curaciones, de sus estupendos milagros, amotinado y frenético va camino de Gethsemaní, y el ruido confuso de su paso desordenado llega antes que él hasta el Nazareno. ¡Pobre pueblo! Fué seducido por los manejos de la Sinagoga; ella puso en sus labios las palabras que él repetía, como el valle repite el eco y el niño la frase que no comprende.

Los príncipes de los sacerdotes, aquellos judíos concienzudos que maldecían á su padre, pero absteiniéndose religiosamente de mezclar en sus filiales maldiciones el nombre bendito; aquellos honrados fariseos que solamente robaban á los incircuncisos; aquellos devotos rabinos que por escrúpulo dejaban tranquilamente ahogarse á su prójimo, sin prestarle auxilio, por no quebrantar el precepto del sábado, esos fueron los instigadores para que el pueblo, de suyo tornadizo, se volviera contra Jesucristo.

Ese pueblo fué, sin embargo, culpable del horrendo crimen. Cuando Pilatos, aquel cobarde y astuto político, temiendo de la irritada muchedumbre denuncia al César por complicidad con el rey galileo, le entregó á las iras populares contra los dictados de su conciencia, y lavándose públicamente las manos, dijo que era inocente de la sangre del Justo, el pueblo lanzó esta imprecación horrenda; ¡caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos la sangre de ese Justo!

Y la sangre ha caído sobre ellos y sobre sus hijos como un fuego devorador, como un espantoso anatema cuya marca llevan hoy en medio de todas las naciones. Sobre su frente surcada por el rayo de la justicia divina puede leerse todavía, en caracteres imborrables, su crimen de deicidio. Errante por el mundo, como una gran ruina, sin patria, sin rey, sin templo, siempre ciego, siempre blasfemando de la Inocente Víctima, se ve que la bendita sangre del Hijo de Dios vivo pesa sobre él con toda la fuerza de una reprobación divina.

El pueblo fué culpable porque Jesús era inocente. El pueblo lo sabía porque así lo había declarado quien tenía la autoridad de juzgarlo. Lo sabía porque el mismo Jesús les había retado ante los representantes de la autoridad religiosa á que le arguyeran, si podían, de la comisión de algún pecado. Lo sabía, en fin, porque, como ellos mismos confesaban, nadie fuera de Dios ó en su nombre y con la autoridad de Dios podía dar, al influjo de la palabra, como él había dado vista á los ciegos de nacimiento y nueva vida á los muertos y sepultados.

Por lo mismo que era inocente, el cordero de Dios sin sombra ni mancha, sólo Él podía quitar el pecado del mundo, sembrar el amor y el bien en los corazones de los hombres, prescribir virtudes y anunciar el evangelio de la paz y la fraternidad, hacer de todos los hombres una sola familia y ofrecer un sacrificio que fuera capaz de satisfacer por todas las culpas y de abrirnos nuevamente de par en par las puertas del Paraíso.

Esto parece que quiso significar á sus discípulos cuando en el huerto de Gethsemaní les dijo que había llegado la hora. No puede decirse que cedió á fuerza inconstrastable, ni á los atropellos de la muchedumbre, ni á inevitable violencia. Pudo ocultarse aprovechándose de las sombras de la noche, pudo huir por el lado opuesto del huerto y retirarse á la Galilea, pudo hacerse invisible á los ojos y pudo, en fin, hacer que un ángel ó una legión, si fuera pre-



ciso, dispersara aquella muchedumbre como el huracán las secas pajas del camino.

Pero todo esto, que es evidentsimo, conduce á rebajar la personalidad divina de Jesús, y basta traer á la memoria un detalle que apunta el evangelista San Juan para demostrarnos que se entregó voluntariamente á las turbas, porque había llegado la hora de la Redención del género humano. ¿A quién buscáis?, pregunta á la tropa armada, entre la que se encontraba el traidor Judas, y al decirle que á Jesús Nazareno, *Yo soy*, responde, en tono que dejaba vislumbrar su regio poder, su majestad soberana *Ut ergo dixit eis; Ego sum, abierunt retrorsum et ceciderunt in terram.* Al genio de San Agustín no podía ocultarse la fuerza de este detalle para evidenciar su Divina Omnipotencia y la voluntaria aceptación de su sacrificio, y exclama: ¿Qué se ha hecho del formidable poder de tantas gentes armadas y llenas de furor contra Jesucristo? Él mismo se descubre y declara que es á quien buscan, y esta sola palabra los abate, los desarma, los hace rodar por el suelo: *ceciderunt in terram.*

Si le aprisionan después, es porque así lo quiso, porque había *llegado la hora* de satisfacer

á la divina justicia por las culpas del humano linaje; de sufrir sobre sus espaldas los rigores inefables que había merecido el hombre por su transgresión funestísima; de lavar con su sangre las manchas multiplicadas de nuestros constantes extravíos, de nuestras incesantes prevaricaciones. Por eso cuando vertía en el agostado campo de la humana conciencia la lluvia fresquisima de sus benditas enseñanzas; cuando ponía en los espejos del entendimiento las grandes ideas encarnadas en sus admirables parábolas; cuando esmaltaba las sendas del bien con las vistosas flores de las virtudes, para atraer nuestra voluntad con el incentivo de sus aromas; cuando derribaba con vigorosa mano, los idolillos de las pasiones divinizadas, de los altares que en el santuario del corazón les levantan los hombres; cuando arrojaba del templo, azotados, á los profanadores de la casa de su Padre, convertida por ellos en lonja de negociación, en cueva de ladrones, nadie osó poner sus manos en Él, ni estorbó sus procedimientos: para eso no había llegado la hora, y se limitaban á pedirle razón de la autoridad con que realizaba estos hechos.

Cuando llegó la hora de ofrecerse víctima propiciatoria para reconciliarnos con su Padre y descubrirnos los antes cerrados horizontes del infinito, miel riquísima con que endulzar nuestros labios tras de las constantes gustaciones de las amarguras de la vida, ocultó su poder y apareció desfallecido de espíritu; no de otro modo que el morado lirio, fresco y arrogante en la mañana, se marchita ó inclina al fuerte empuje del vendaval de la tarde. Sólo que Jesús, que había nacido para el dolor, como el ajenjo para la amargura, no sólo se ofreció voluntariamente al sacrificio, sino con santa alegría. Como que del Gólgota, donde se había de consumir el sacrificio, iba á brotar su esplendente gloria y la vida espiritual del mundo; como que allí le esperaban muchos tormentos, y Él los amaba con el mismo anhelo que la flor mustia por el sol anhela el riego en la primavera.

Van tantos siglos de combate contra Jesús y su Evangelio y tantos de meditación y estudio para su defensa y nuestra enseñanza, que no hay palabra que no haya sido objeto de análisis buscando el espíritu que late en su forma externa. Y se expresa en sus páginas una circunstancia que demuestra cómo todos los hechos de su Pasión cruenta estaban rigurosamente sujetos á fines providenciales. Sucedió que al salir del Pretorio para el monte de las Calaveras, despojaron á Jesús sus implacables enemigos del cetro de caña y de la irrisoria púrpura que, para mofarse de Él, le habían puesto, y le vistieron con sus propias vestiduras.

Condenado al suplicio de muerte en la Cruz por haberse declarado Rey de los judíos, ¿por qué no le llevaron al patíbulo con las insignias de su delito? Agotado el ingenio de los verdugos en excogitar afrentas, ¿por qué prescindieron de ésta que habría ofrecido á la multitud el espectáculo de un Rey condenado al tormento de los esclavos? Cree San Ambrosio que lo hicieron así, porque el rostro divino de Jesús estaba tan ensangrentado y deformado, que á no ser por su mismo traje, no hubiera podido distinguirse fácilmente entre los reos que le acompañaban, y en tal caso el disfraz hubiera servido para disminuir la afrenta.

Desde luego que estos debieron ser los fines que se propusieron, como dice San Ambrosio; y si tal conducta nos lleva á ponderar la satánica malicia del pueblo judío, la razón que sobre este hecho da San Jerónimo nos conduce á inclinar humildemente nuestra cabeza ante los secretos juicios de Dios y sus adorables designios. Así lo hicieron, dice, porque en el Pretorio no cumplía Jesús el oficio de Sacerdote; por eso cuando abandona la Sala de las Audiencias, deja también aquel traje que representaba nuestros pecados: cuando camina al Calvario á ofrecer el sacrificio cruento por la redención humana, recobra sus vestidos, que representaban la inocencia, la candidez y la pureza.

Con las vestiduras que correspondían al Sacerdote sempiterno y en la hora marcada por su Padre, subió á la cima del monte Gólgota, se ofreció sobre el ara de la Cruz víctima propiciatoria por la salvación del mundo, entre las blasfemias de los protervos y las bendiciones de los buenos, y la justicia divina quedó satisfecha y la humanidad redimida.

El tiempo y la distancia han apagado el eco de las injurias y blasfemias de la multitud que coronaba la cima pelada del monte de las Calaveras; pero lo que no han podido apagar ni la distancia ni el tiempo, son las consoladoras resonancias de las sublimes lecciones confiadas á los vientos y por ellos transmitidas en ondulaciones perpetuas hasta vibrar en los oídos de todos los hombres. Lo que no han podido apagar el tiempo y la distancia, son los rayos luminosos irradiados de aquella cruz bendita

convertida en eterno faro para alumbrar á los naufragos del mundo en las tempestades de la vida, trayendo á nuestro espíritu conturbado, en todos los contratiempos, consuelos y esperanzas.

Estaban decretados *el día y la hora* en que debía realizarse el sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre, y cuando amaneció el día y *llegó la hora* acordada en el eterno consejo de la Trinidad Beatísima, fué inmolado en cruento sacrificio. La cruz de los criminales y el monte de los ajusticiados fueron con su sangre santificados y convertidos en sublime cátedra de divinos oráculos. Si alguna vez faltaran en aquel lugar discípulos que oigan y transmitan á las venideras generaciones las elocuentísimas lecciones dadas por el Hijo del hombre, en la sublime hora de su agonía, si faltara, que no ha de faltar, quien transmita la historia de los trascendentales hechos en aquel entonces realizados, allí están las piedras partidas en testimonio del dolor, por decirlo así, que experimentaron en la muerte de su Hacedor soberano; allí están las profundas cortaduras de las focas graníticas, no siguiendo las leyes de la naturaleza, sino, milagrosamente en contra de sus vetas, semejando huellas indelebiles de una planta divina; allí está, en fin, el monte Calvario, envuelto en atmósfera cargada de las oraciones de muchos siglos, de tristezas reveladoras de un crimen sin arrepentimiento y de un martirio expiatorio de todos los crímenes del mundo.

X.



“Tolle hunc,
dimitte Barabbam...”

Muchas centurias han pasado desde que las turbas judías profirieron ese grito. Generaciones y más generaciones se sucedieron repitiendo la misma frase, cuyo eco no han podido extinguir las vicisitudes seculares, conservándose íntegra, sin perder una sola sílaba.

Y es que los hombres, aunque cambien el medio ambiente y transformen sus costumbres y sus hábitos sociales, siempre son los mismos, con el bagaje constante de sus inclinaciones torcidas, con el lastre pesado de sus pasiones, engraidos con el cetro de caña de sus elevaciones mentales, y burlados por su debilidad que conoce el bien y le aprueba, pero le repudia y condena con el insensato *Crucifige*.

No queremos á Jesús, sino á Barrabás, gritaba el populacho decida al verse en la alternativa de elegir entre el Justo y el malvado para dejar á uno de los dos libre; y desde aquella fecha la plebe de todos los tiempos y de todas las civilizaciones sacrifica sin piedad al Santo y se goza de la impunidad de los perdidos. Desde aquella fecha se viene oprimiendo, artera ó descaradamente, según las circunstancias, lo que signifique virtud, mientras se mueve á sus anchas la despreocupación y el crimen.

Parece esto raro y es tristemente cierto; parece mentira y es una verdad aterradora. La razón, la causa de la existencia de tan arraigado mal, la hallaremos en las exigencias del egoísmo, que quisiera raer de la haz de la tierra cuanto golpee á las puertas del corazón para denunciar sus nequicias, los abismos sin fondo de sus concupiscencias y el estado morboso en que le retienen sus ambiciones.

Por eso los escribas, los fariseos y los judíos carnales; los emperadores romanos y los sacerdotes de los ídolos; los herejes de todas las épocas y los mal avenidos con situaciones que por propia voluntad escogieron; los tiranos y serviles, que se arrastran ante el poderoso; los filósofos de ayer y los intelectuales del día, que ponen la ciencia en el negocio; los políticos, que antes adularon á los césares y arrullan hoy á la plebe, excitando sus inclinaciones perversas, pero con la marcada intención de ador-

mecer, embruteciendo á los que halagan, para que no les pidan cuentas de sus excesos; la judería actual, en fin, dueña y árbitro de la banca y de la prensa, las dos palancas que mueven ahora la vida de los pueblos; adoradores de la materia y del éxito, que niegan á Dios y no esperan ni temen otra vida; todos, todos éstos y los que no quieren admitir freno alguno que temple sus pasiones, auxiliados de turbas ignaras é inconscientes, dispuestas siempre á seguir las indicaciones de los que sobre ellas se colocan, repiten sin cesar y á través de los tiempos el insolente grito de la soldadesca que vociferó ante el Pretorio de Pilatos.

Ved ahí por qué de la persecución constante al Divino Jesús, á su Doctrina y á su Iglesia. No pueden resistir sus enseñanzas ni sus ejemplos, porque son los diques que detienen sus maldades, porque son las luces que los descubren en sus tortuosos caminos, porque son los testigos que denuncian sus crímenes, los fiscales que los acusan, los jueces insobornables que los condenan. Por eso absuelven á Barrabás, de cuyos crímenes participan, y odian al Justo y á lo que al Justo representa. No quisieron ni doctrina, ni ministros, y todos sus conatos se dirigen, ya que no puedan suprimirlos, á subyugarlos y esclavizarlos.

¿Perjudica á sus planes el poder temporal del Pontífice? Se arrebatan sus estados ¿Los bienes de la Iglesia ponen á sus ministros en condiciones de resistir al poderoso y hacerse lugar entre los desvalidos? Pues con motivos especiosos se hace almoneda de lo que la piedad y la fe puso en sus manos, para esplendor del culto y remedio del indigente. ¿Molesta que la Iglesia disfrute de libertad de acción en los pueblos? Se inventan las regalías, se ajustan concordatos y se crean los privilegios y los patronatos de los príncipes, para ligarlo todo, para intervenirlo todo, aunque para ello sea necesario extralimitar el poder y la soberanía de los Jefes de Estado.

Por eso quieren quitar de la tutela bienhechora de la Iglesia la familia, el cementerio, la escuela. Por eso se excluye al clero de los cargos públicos y no se le admite en la confección de las leyes, estableciendo en plena civilización y con hipócritas pretextos las castas, los parias y los ilotas de los pueblos primitivos ó de las naciones estacionarias. Por eso á la Iglesia y al clero se le condiciona todo, se le interviene todo, sino es que se le impide el libre ejercicio de sus más altos y augustos derechos. Por eso se persigue á los creyentes y ridiculiza y hasta pretende impedir, si es que no negar, los derechos que concede á los hombres, en los pueblos libres, su calidad de ciudadanos.

No pueden tolerar la rectitud de las divinas leyes ni la pureza de una doctrina que permanece incólume después de resistir los embates de la fuerza y los halagos del soborno, subsistiendo invariable en medio de las tormentas que suscitó el infierno, agitando pasiones, aviando odios, empujando á los Arrios, Nestorios y Luteros.

¡Infelices! para ellos no existe la historia, no se han convencido aún de su pequeñez y permanecen en la creencia de que, á sus ataques, no podrá resistir la roca que sostiene el faro luminoso indicador de la ruta segura para los hombres y las sociedades.

Sólo cuando heridos de muerte ceden el puesto á los que han de seguir su obra, y entre los estremecimientos de la ira, arrojan al cielo puñados del cieno de sus almas, pronuncian el *¡venciste galileo!*, como confesión de su impotencia, pero sin preferirle, sino blasfemando de Él porque detestan su reino. *Tolle hunc, et dimitte nobis Barrabam*, son las palabras últimas de su agonía.

No han podido comprender que así como los judíos, al pedir la libertad de Barrabás y la crucifixión de Cristo, contribuyeron inconscientemente al cumplimiento de los invariables decretos acerca de la redención del hombre, contribuyen al esplendor de una doctrina y de una institución cuyo valor resplandecerá cuanto más se la blasfeme.

Almodóvar.



“¿Por qué me hieres?”

En distintas ocasiones, durante la vida pública de nuestro adorable Redentor, se puso de manifiesto la malicia y perfidia con que le trataron los judíos. Ellos, que no habían recibido

de sus manos sino mercedes, intentaron despearle desde la cumbre de un monte, concertaron hacerle morir apedreado, y no logrando realizar estos planes, delegaron la ejecución de sus vilezas en los esclavos de la abyección, comisionando de entre ellos ministros que le prendieran. ¡Vano intento! Aún no había llegado el poder de las tinieblas; aún no estaba suficientemente dispuesta la Iglesia militante, ni aplacada la ira del Padre, por lo que Jesús había de orar á fin de obtener el perdón para los hombres.

Hasta entonces nadie había osado poner sus manos sacrílegas sobre el Hijo de Dios; mas, llegó la hora del sacrificio á que Él se ofreció por voluntad propia, y dejándose prender y conducir á la casa de Anás y luego á la de Caifás con las mismas precauciones que si se tratara de un malhechor, un hombre cuya ingratitud rebosa los límites de toda ponderación (pues en sentir de San Juan Crisóstomo fué el mismo á quien poco antes había sanado la herida que le hiciera San Pedro), levantando su mano provista de fuerte manopla de hierro, descargó inhumano golpe sobre el rostro en quien desean los Ángeles mirarse... y todo ello por una respuesta moderada, verdadera y pertinente.

Si el mansísimo Cordero no hubiera venido al mundo para expiar los pecados del género humano; si no hubiera encarnado para dar á todos ejemplo de la conducta que debían seguir, antes de que el desgraciado Malco descargara el golpe terrible, le hubiera aniquilado la cólera divina; pero como su misión era de paz y de enseñanza, con la mansedumbre del Santo de los Santos mueve sus labios más que para quejarse de la injuria y del dolor que recibe, para excitar al arrepentimiento á sus ofensores. *Si hice mal, muéstrame en qué; si no hice mal, ¿por qué me hieres?* Le preguntan sobre su doctrina y contesta que la expuso en público, que se informen de los que la oyeron; y en vez de reconocer la humildad del que somete su causa al juicio ajeno, achacan sus palabras á desconsideración y se le infiere el ultraje de cruzar su rostro con alapa de hierro á presencia del sacerdocio y de la plebe confabulados.

Escrito estaba que no apartaría su faz divina al odio de las increpaciones y que en ella deberíamos mirarnos después para aprender el heroísmo de la paciencia, ó en silencio cuando sólo sufre el interés personal, ó reconviene con moderación cuando se interpone el honor de Dios ó algún fin caritativo; por lo cual puso Cristo su cara para recibir el golpe y buscó el testimonio de los hombres favorecidos para que hablaran de la abundancia del corazón agradecido á la mano bienhechora. Hizo una invocación, una cita, y se le repudió, pero á la pregunta amarga del honor de Dios, lastimado en la injusticia de la ofensa, nadie contestó ni contesta hoy nadie, á pesar de que todos los días se repite. No pudo callar, porque se interesaba la doctrina á la cual se refería la pregunta, y el silencio se hubiera interpretado como abandono de la enseñanza que divulgaba; pero tampoco pudo repeler la ofensa con acto humano de la pasión soliviantada, porque el conciliabulo que le juzgaba había menester grandes lecciones.

Pero aquellos hombres se cegaron, y como ellos, muchos después cerraron sus ojos repitiendo sus bofetadas á Cristo. Por eso se repitió y se repite hoy la pregunta *¿Cur me cedis?*, sin que apenas haya en el mundo civilizado almas responsables á quienes no se dirija. Fuera de los corazones que aún conservan la inocencia, ¿quién no ha puesto su mano pecadora en el rostro de Jesucristo? Sin mirar á la historia de la humanidad que es un tejido de abatimientos, debilidades y caídas, ¿qué nos cerca en la sociedad presente, que no envuelva la bofetada miserable de las pasiones, rebelándose contra las enseñanzas de Cristo?

La llave eterna del milagro restaurador de la vida; el imperio delegado para encauzar las costumbres sociales; los torrentes de luz depositados gratis sobre el cerebro de los genios; los lazos naturales de la cadena humana en sus primeros eslabones; la sangre, el sentimiento, la ley, la autoridad, el ara, ¿carecen de sombras proyectadas por algunas manos que hieren la faz de Cristo con más furia que la bofetada del adúlador comprado por el sumo sacerdote de los judíos. ¿Cómo no ha de dirigirles Cristo el *Cur me cedis?*

Reina el sacerdote en el altar, el soberano en el pueblo, el magistrado en el juicio, el genio en la inteligencia, el padre en el corazón y en todas partes Dios que á todos dió la vida. Pero el sacerdote apóstata, el rey usurpador ó depravado, el magistrado venal, el genio corruptor y el padre infiel y pervertido, ¿qué hacen sino herir á Cristo con bofetada de aversión que le destierra de la vida social en que los puso como freno?

En medio de las naciones, para directora de la conciencia pública y privada, levantó el Dios Hombre sobre la tierra la institución perdurable de su Iglesia, depositaria de la doctrina que Él enseñó y por la cual quiso morir para sellarla con su sangre. A esa institución, unos la ultrajan, otros la odian, otros la persiguen, quienes la niegan, no falta quien la vende y en la época actual se concitan varios poderes del mundo para herirla en la faz con la bofetada de la calumnia y del insulto. ¿Por qué se la hiera sino por la representación que ostenta de tesorera de Cristo?

Pero la culpa gravísima no está en los que

no creen, sino en los que, llamándose hijos de la Iglesia, toleran el insulto, pactan con sus enemigos, enajenan sus derechos, ceden de su lugar, discuten sus atribuciones ó aplazan su defensa por temores temporales reñidos con los eternos. ¿Cómo no ha de resonar en sus oídos el *Cur me cedis*, que dirige Cristo sin cesar á los que defraudan con la pasividad ó por la ambición ó por cualquier mira mundana los éxitos gloriosos del denuedo por su nombre?

Pero dejemos ya á los demás. También al que escribe estas líneas y al que haya de leerlas puede que les pregunte nuestro Señor *¿Cur me cedis?* ¿Conservamos acaso la inocencia? ¿No hemos caído cien veces después de hacérsenos la misericordia de purificar nuestras almas del pecado? Nada tenemos contra Cristo, y sin embargo, á sabiendas que le ofende nuestro apego á las vanidades de la tierra, dóblanos la corriente de ellas como á débil caña y nos sepulta en su fondo. ¿Qué nos hace Cristo para que le pospongamos? *Si no hice mal, ¿por qué me hieres?*

D-M***



A Cristo crucificado.

Juez, que ángeles lanzaste el profundo,
¿quién á Tí en brazos de la Cruz te clava?
¿Qué ira es la tuya que en la sangre lava
del Paraíso al desterrado inmundo?

¿Por qué agotas tus venas, moribundo?
¿Por quién tu vida en el tormento acaba?
¿No naciste llorando? ¿No sobraba
rescate en el pesebre para el mundo?

A tu justicia, sí, bastó tu lloro;
no á mi crueldad, sedienta de placeres
por Tí pagados con mayor tesoro.

Comprar mi afecto con tu sangre quieres,
y aún yo te crucifico y no te adoro.
¿Cuán malo soy, Señor!... ¿Cuán bueno eres!

S S S

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido.
Ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muéveme tus afrentas y tu muerte;

muéveme al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar por que te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

¡Lógica!

Un día se presentó un hombre en el Jordán para recibir el bautismo de Penitencia: se llamaba Jesús de Nazareth.

Comenzó á predicar y doce hombres le siguieron.

Anunciaba que era el Mesías, que venía á fundar un reino, y como autorizaba sus palabras con milagros, el pueblo le seguía. Su nombre era aclamado desde el Líbano hasta el desierto de Judá.

Pero como al mismo tiempo reprendía el orgullo y la corrupción de corazón de los grandes, éstos comenzaron á perseguirle.

Y como declaró que su reino no era de este mundo, el pueblo concluyó por abandonarle.

Y los fariseos y los sacerdotes y el pueblo acabaron por levantar una cruz sobre una colina, al lado de Jerusalén.

En aquella cruz terminó sus días Jesús de Nazareth

En sus predicaciones había dicho:
 «Yo soy el Mesías», esto es, el unguido del Señor, el gran Sacerdote de la nueva Ley.
 El sólo, en efecto, podía ofrecer un sacrificio que bastase para redimir al género humano.
 «Yo soy el Hijo de Dios».
 Luego sus palabras eran infalibles, sus enseñanzas divinas. Quien de Él se apartase, caminaba entre tinieblas; el que no le siguiese, marchaba hacia la muerte.
 ¿Cómo cumplió sus promesas? ¿Cómo probó sus afirmaciones?
 Muriendo, y luego resucitando.
 Muriendo como Dios: no cuando quisieron sus enemigos, sino cuando llegó la hora, en el momento por Él señalado, en la forma que Él había elegido.
 Resucitando, también como Dios: por virtud propia, sin necesidad de ajenos ministerios.
 El que elige la muerte en el tiempo y condiciones que le place; el que después resucitando, triunfa de ella, es Dios.
 Jesús de Nazareth era Dios.

Ahora un poco de lógica.
 ¿Enseñó Jesucristo una doctrina? Pues si era Dios, hay que creerla.

¿Nos dió preceptos? Hay que cumplirlos.
 ¿Fundó una sociedad llamada Iglesia? Hay que formar parte de ella.
 Pero esa Iglesia, según promesa de su fundador, es infalible: luego hay que creer lo que ella cree.
 Puede dar leyes: hay que hacer lo que ella manda.
 Su principal campo de acción es la conciencia: luego tiene derecho a llegar hasta donde la conciencia llegue.
 Mas la conciencia, lo sabemos todos, aunque a veces nos sea carga pesada, no la podemos dejar nunca.
 Siempre la llevamos con nosotros, ó aprobando ó remordiéndolo.
 Así también la Iglesia nos acompaña siempre.
 Unas veces para alabarnos, otras para reprimendernos.
 Y, por fortuna, también para perdonarnos.
 Termine con cinco minutos de examen de conciencia.
 Y, si es preciso..., con un acto de arrepentimiento.
 ¡Ante todo, lógicos!

A. del Espinadal.

del prendimiento salga alguno a su defensa; repite las profecías del Antiguo Testamento referentes a su persona, diciendo que se cumplirán una por una en la pasión y muerte que va a sufrir, y, en efecto, es vendido en treinta *argenteos*, se destina esta cantidad en *sepulturam peregrinorum*, se sortea la túnica que vestía, se le crucifica entre malhechores, se le abrebra con hieles cuando agoniza, y no hay lugar libre de heridas en todo su cuerpo, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, que era lo profetizado. ¿No demuestran tales afirmaciones, cumplidas, la ciencia infinita, la presciencia del que siendo hombre no puede menos de ser también Dios?
 —Raras coincidencias son; ¿pero no pudo provocarlas el hombre versado en las Escrituras, conociendo además la venalidad del corazón judío?
 —Pudo y de hecho las provocó, ¿pero cómo se reduce este poder a los límites de lo natural?
 —Por sugestión.
 —¿Por sugestión concita contra sí las pasiones más bajas el moralizador de los pueblos?
 —Más que el amor a la vida, ciega al hombre el amor a la gloria póstuma y el aplauso de la posteridad.
 —Sin embargo, Cristo crucificado es para los judíos escándalo, y para los gentiles estulticia; ¿qué glorias de éstas pudo Él buscar? ¿Previó acaso que su doctrina sellada con su sangre vencería la oposición de las leyes, costumbres, creencias, ilusiones y esperanzas judías y paganas, imponiéndose a los estragos de una generación podrida para reinar como reina en el mundo? Dígame que semejante previsión sólo cabe en Dios, porque el pensamiento humano rechaza la posibilidad de que, la memoria de un hombre que espira abrumado por el odio público entre carcajadas de oprobio, se extienda más allá de su tumba, para trocar la afrenta en bendiciones generales, no obstante la mala voluntad que le ha perseguido en todos los siglos
 —No hay semilla que no germine.
 —Si el terreno es abonado, germina en verdad; ¿pero por virtud propia, ó por los cuidados del sembrador? Si por virtud propia, la doctrina de Cristo es de una virtud sin igual: quiso el mundo sofocarla y puso para ello los medios, pero con tan mala fortuna para el intento que, cuanto más redobló su esfuerzo en conseguirlo, tanto más cooperó a su multiplicación. Si por los cuidados de los sembradores, he ahí el gran prodigio de la fuerza vencida por la debilidad: doce apóstoles rudísimos aleccionaron a la tierra, espurgaron de ella la filosofía pagana fautora del sensualismo, y desarraigando los hábitos impuros, tiranos de la vida social y privada, sustituyéronlos con elementos espiritualistas educadores del raciocinio y del corazón. Para tal semilla no podía imaginarse ambiente más hostil; sin embargo, la enseñanza de Cristo se abre hendidura en la roca viva y la desgrana convirtiéndola en lecho fértil, con una eficacia inesperada y sin ejemplo en el desenvolvimiento de las ideas de nueva adaptación. El subterfugio para eludir los apremios de la verdad por un lado, conduciéndonos a otro en que la misma verdad nos sorprende, aunque con reflejos distintos de su hermosa luz. Se niega a Cristo el poder divino, y nos estrecha su doctrina a confesarle; volvemos la espalda a la doctrina, y sale al paso la rusticidad de los Apóstoles para admirar en ellos lo que negamos a la doctrina y a Cristo. Una serena reflexión lo salva todo: Cristo *aventalja* a todos los hombres; no hay hombre que *iguale* a Cristo; ni sufriendo, ni enseñando.
 Pero volvamos al punto de su muerte afrentosa, para contemplar el atributo soberano del poder que se presente en las acciones, aún las más sencillas, cuando es Dios quien las produce. El milagro es acción de la divinidad y Jesucristo los hace desde la cruz. Antes de cerrar los ojos a la vida; infunde a la tierra temblores inusitados, levanta la losa de los sepulcros, resucita a los muertos, divide el velo del santuario, mengua los rayos solares y exhausto de sangre exhala el gemido de sus dolores con un vigor tan asombroso que no se oyó parecido en hombres atléticos llenos de vida.
 —¿Y estos milagros no son supuestos?
 —¿Qué han de ser? Ante ellos, muchos soldados ejecutores de la sentencia injusta se convierten; uno de los ladrones ligados al suplicio de la cruz al mismo tiempo que Jesucristo, le reconoce como Dios y se entrega a su clemencia, y uno de los más grandes sabios de la época exclama en el Areópago ante el trastorno cósmico, *que la naturaleza parecía ó que padecía el autor de ella*.
 Pero sepamos quién pudo inventar esos milagros. Los judíos no se ocuparían de ello, y los discípulos de Jesús no habían de buscar la muerte con el invento. Pasma el valor que tuvieron para testimoniarlos, después de haberlos visto huir abandonando a su Maestro, a sabiendas de que su testimonio les costaría la vida, que efectivamente perdieron.
 Es más, ¿cómo habían los judíos de consentir la impostura que les argüía del horrendo crimen de deicidio? No hubo judío que lo desmintiera, antes hubo quien lo consignara por escrito, como se lee en Flavio Josefo, que es uno de sus más célebres autores. Todavía más, Tertuliano, refiriéndose al eclipse solar, extraño al curso ordinario de la naturaleza, decía a los magistrados de Roma estas palabras: *Cum*

mundi casum relatum habeatis in archivis vestris. Si pues constaba del suceso en los archivos de Roma, es evidente que no lo inventaron los discípulos de Jesucristo, porque en Roma, a la edad de Tertuliano, aún no se les había dado crédito.
 —Veo la grandeza de Dios perdonando, pero no la veo padeciendo.
 —Padeciendo es como perdona, que es más grande todavía. Quien perdona cede de su derecho; quien padece el castigo del reo para perdonarle, de juez se hace víctima propiciatoria hermanando la clemencia con la justicia sin menoscabo de ninguna. Es tan misteriosa la grandeza que hay en esto, que no pudo hacerse sin dos milagros: la separación del alma y el cuerpo de Jesucristo, y el hecho de que Él mismo fuera, a la vez que víctima inmolada, el sacerdote que la debía ofrecer.
 Naturalmente impecable, no podía Jesucristo morir: fué necesario para que muriera violentar las leyes de la providencia ordinaria con todo el poder de Dios. Destinado a ser víctima de una ley nueva, ningún sacerdote de la antigua la podía ofrecer: era Jesucristo el primer sacerdote para la redención del mundo y tuvo que ofrecerse a sí mismo revelando el abismo de su amor. Se ofreció porque quiso; porque quiso que tu alma y la mía recuperaran el derecho a la herencia perdida por nuestro padre Adán; y porque tanto quiso que movió al Padre a ceder el derecho de aplicar la justicia vengadora sobre el alma delincuente, puso en lugar de la de todos, la suya sin mancha, sufriendo muerte de cruz ignominiosa por el perdón ajeno. Se humilló a sí mismo..., por lo cual Dios le dió un nombre sobre todo nombre, para que ante él se doble toda rodilla.
 ¿Por qué, pues, no crees en Jesucristo?

El Bachiller Céspedes.



La soledad de María.

Romance antiguo.

Solita estaba la Virgen,
 Solita sin compañare
 Que el Fijo de sus entrañas
 En un sepulcro se estare;
 Bañados ha los sus ojos
 De lágrimas que llorare,
 E su rostro lastimado,
 Lastimado de pesare.
 Sola llamara a su Fijo,
 El Fijo no contestare.
 Ca muerto le eran traidores
 Homes que le querían male.
 Las sus cuitas a los cielos
 La blanca paloma alzare,
 Bien oiréis lo que fablaba
 Aquella sennora é Mare.
 «Fijo mío, é mía vida,
 Mia salud é mi guardare,
 ¿A dó ocultas la sabrosa
 Luz de tu divina face?
 ¿Por qué non fablas mi Fijo
 El que fablabas verdade
 E a los homes de este suelo
 Con homilidad ensennares?
 «¿Qué ficiste, mío Fijo,
 Que asina te maltrataren?
 ¿Ay, qué homes tan sannudos
 Que tale te semeataren!
 Fijo, los homes perdona
 Por la tu gran santidade,
 Ca non ellos facían mientes
 En la su grande maldade.
 Ven mi Fijo, ven mi Fijo,
 E non más vos retardares;
 Sácame de aquesta angustia
 De aquesta angustia é pesare».
 Ansi fablaba la Virgen
 Solita y sin compañare,
 Que el Fijo de sus entrañas
 En un sepulcro se estare:
 Ansi sospira la Virgen
 Sin que cese de llorare
 E su rostro lastimado,
 Lastimado de pesare.

C. V.



À la Madre de Dios.

¡Oh María! ¡oh María!
 cómo se hiela mi pecho
 al ver el tuyo deshecho
 de acerva desolación!
 Ya murió, Reina querida,
 ya murió el manso Cordero,
 que del amor prisionero,
 por el amor se ofreció.
 El que nació en un establo
 muere en un madero infame,
 sin que ahora lecho reclame,
 quien cuna no reclamó.
 Desnudo vino a la tierra
 y desnudo muere ahora
 quien en la gloria atesora
 riquezas que nadie halló.
 Nació en obscura noche,
 entre tinieblas espira,
 si Dios entonces le mira
 aquí Dios le abandonó.
 Entonces se alegró el Cielo,
 ahora el mundo se estremece,
 por el pecado perezca
 quien nunca jamás pecó.

¡María, Madre bendita,
 uno sólo, un sólo instante
 resta ya a tu pecho amante
 para mirar a Jesús!
 ¡Besa una vez más, oh Virgen,
 su cadáver destrozado!
 ¡Bésale más, que enterrado
 sólo te queda su Cruz!
 ¡Besa sus cárdenos labios
 que tantos goces te dieron!
 ¡Besa esos ojos que hicieron
 la sonrisa del pudor!
 ¡Besa esas llagas divinas,
 que tanta sangre vertieron,
 como denuestos sufrieron
 su alma y su corazón!
 ¡Besa por fin, Madre mía,
 la frente helada y deshecha,
 en que abrieron honda brecha
 las espigas y el baldón!
 Y cuando la hayas besado,
 esculpe allí tu ternura,
 ¡que es la mejor sepultura
 para la Madre de un Dios...

¿Por qué no crees?

Controversia.

—Años y más años te oigo decir que Jesucristo fué un hombre excepcional, cuyas doctrinas morales han influido más que ninguna en la humana civilización. Pero siempre te encuentro estancado ahí; reconoces y ponderas en Él los prestigios personales de un hombre extraordinario, los destellos característicos del genio, virtudes tan singulares y propias que no es posible compararle con los nacidos desde que la historia consigna los hechos de la Humanidad; sin embargo, te resistes a ver en Él las notas exclusivas de la grandeza de Dios. ¿No te mueven diecinueve siglos cumplidos de dominio sobre la conciencia pública para cambiar de opinión?
 —Miro en la tierra cómo a pesar de la ruda persecución de que se hace objeto al inimitable *Sermón de la Montaña*, él se impone, é infiltrándose en el espíritu social, derriba los ídolos pasajeros. Que esto es maravilloso, insólito, inexplicable, nunca lo pude dudar; sin embargo, un Dios sufriendo con la pasividad de la impotencia la injuria del que es su esclavo, las burlas del indocto, las blasfemias de la soldadesca, la bofetada de un sátiro, la sentencia de un hipócrita, la irrisión de la plebe, la muerte de los infames apurada entre las befas de la autoridad religiosa prostituida, es un Dios demasiado pequeño, un Dios desarmado del atributo del poder. ¿Dios, sin vengar los ultrajes que se inferían a la dignidad?
 —Dios por eso mismo. Vino a cumplir la voluntad del Padre que era la suya. Si, destinado a ser víctima por los pecados del mundo hubiera cambiado su misión estorbando los actos de sus verdugos, desmentida la predicación que venía haciendo, hubiera aparecido como impostor, dando la razón a sus denunciadores.
 —Ciertamente que la consecuencia le obligaba a padecer.

—Y aunque el padecimiento no cabe en Dios, cabe en el hombre que, unido a la divinidad, hizo posible la angustia eterna, extraña a los organismos temporales. La muerte de Cristo es una muerte como no hay otra; es tal, que no se concibe dentro de la humana posibilidad, ni por sus antecedentes, ni por las circunstancias que la acompañan y la siguen.
 —Pero el que muere es un hombre.
 —Es un hombre que no hubiera podido morir de ese modo, si al mismo tiempo no fuera Dios. Ten unos momentos de paciencia y te daré pruebas irrecusables de esta verdad.
 Jesucristo en plena vida, sin que le cerque la enfermedad, que no ha conocido ninguna, predice la hora de su muerte, señala al traidor que ha de hacer su venta, describe por anticipado los detalles del suplicio, sale al encuentro de los que le buscaban para prenderle, descubre a las turbas la intención del discípulo infame que le vende con la consigna de un beso y las hace caer de espaldas con una palabra de sus labios. Hasta aquí bastaría llegar para reconocer en Cristo que es Dios, porque a los hombres no es dado determinar los acontecimientos futuros, ni penetrar los sentimientos que se desarrollan en el pecho antes de exteriorizarse, ni imponer el terror en almas tenaces, ébrias de odio, con la voz de un infenso. Además, se deduce de esto que Cristo se ofreció voluntariamente al sacrificio, y extendiéndose su voluntariedad a los hechos todos de que le rodearon, no es bastante razón la paciencia y el silencio con que sufre, para negarle la divinidad.
 De los datos anteriores, tanto más si los ampliamos, no es difícil tomar muy ventajosos argumentos en favor de un poder y una ciencia que exceden a toda humana capacidad. Dijo de Judas que le vendería, y Judas le vende; asegura que le negará tres veces San Pedro en un espacio de tiempo que fija, y San Pedro le niega tres veces en ese tiempo; predice que le abandonarán sus discípulos en la hora del padecer, y sus discípulos le dejan solo sin que después

Sastrería Eclesiástica y de Paisano
de
CLAUDIO GARRIDO
Hombre de Palo, 13, Toedo.

Esta casa ofrece á los Sres. Sacerdotes y al público en general, grandes ventajas:

Uniformes eclesiásticos para Seminaristas; sotanas romana, francesa y española; dulletas, manteos, esclavinas para Sacerdotes y capas de Coro para Canónigos y Beneficiados; especialidad en merinos de todas clases.

Trajes de paisano de última novedad desde 40 á 80 pesetas; pantalones, corte novedad, desde 12'50 á 25 pesetas; chalecos, corte novedad, desde 15 á 25 pesetas; gabanes, última novedad, forro seda, desde 75 á 100 pesetas.

Visiten el establecimiento y se convencerán de las grandes ventajas que ofrece.

TEATRO MORAL
COLECCIÓN de obras escénicas propias para ser representadas en Colegios, Seminarios, Centros y Patronatos de obreros católicos, etc., etc.

OBRAS PUBLICADAS

El Médico á palos.—Comedia de gracioso en tres actos y en prosa, arreglada para niños ó jóvenes. *Carta á la Virgen.* Comedia en un acto y en verso, para niños. *Derecho de asilo.*—Drama en un acto y en verso para niños ó jóvenes. (Primer premio del certamen abierto por esta Galería). *La hija del mar.*—Comedia en un acto y en prosa, para niñas. (Segundo premio del concurso). *Los tres estudiantes.*—Paso de comedia, muy gracioso, en un acto y en prosa, para niños ó jóvenes. *Sor Angela.*—Drama en un acto y en verso, para niñas. *Ver la paja en ojo ajeno.*—Juguete cómico en un acto y en verso, para niños ó jóvenes. *Blusa ó sotana.*—Diálogo en verso, para niños ó jóvenes. *El titirimundi.*—Sánete en un acto y en verso, para niños ó jóvenes. *Plaza cubierta.*—Comedia en un acto y en prosa, para jóvenes. *A Belén pastores.*—Juguete en un acto y en verso, para niños ó jóvenes. *La llave falsa.*—Juguete dramático en dos actos y en prosa, para jóvenes.

Estas obras se hallan de venta en la Administración de «El Correo Español».

Precio de cada ejemplar: Una peseta.

HERRERÍA Y CERRAJERÍA
DE
BENITO PELEGRÍN
SOBRINO DE D. ANGEL CHUECA

Se hace toda clase de obra nueva y compostura, con economía, solidez y perfección.

PLAZA DE SANTA CATALINA, 8 (Cerca del Seminario Conciliar).

LA DELICIOSA

Por tener que ensanchar el local vende UN CARRO para repartir cervezas y UN MALACATE capaz para cuatro caballerías.

Para entenderse, con el mismo dueño, Recoletos, 15, LA DELICIOSA, Toledo.

Taller de Escultura
y
Restauración de Imágenes religiosas

Este taller puede competir con los mejores en su clase, y se encarga de hacer toda clase de modelos en barro, maderas, mármoles ó bronce para retablos, panteones, estatuas, etc., etc.

Se dan presupuestos.—Facilidades en los pagos.

Consúltese este taller.

Barrio Nuevo, 17, Toledo.

ESTOMACAL
SHIRO

Medicamentos de indiscutible eficacia para combatir el dolor de ESTÓMAGO, VÓMITOS, ACEDIAS, DIARREA, y, en general, las afecciones del estómago é intestinos

CUATRO PESETAS BOTELLA

Depósitos: En Madrid, Martín y Duran, P. Velasco y Compañía y en todas las Farmacias — En Toledo, D. José M.ª de los Santos — En Talavera, D. Justo Díaz Lizana. — En Fuenzalida, D. Valentín Moreno. — En Camarena, D. Sixto Castellón.

¡¡Alerta todo el Mundo!!

POLVO REGENERADOR
para hacer poner huevos á las aves: gallinas, patos, ánades, etc.

El primero en España.

• TRES MIL HUEVOS al año, con DIEZ Gallinas •

MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA
Patente de invención por 20 años

Descubrimiento maravilloso, resultados sorprendentes. Ponen todos los días y en todas las estaciones del año, aun en lo más crudo del invierno. Numerosos testimonios.—Gasto insignificante. Dirigirse á su autor: DONATO ARAUJO Droguería general, Estación, 11, Vitoria.

NOTAS: 1.ª Existen productos extranjeros similares que pueden desecharse, pues á poco que en ellos se fija, se conocerá que el producto deja mucho que desear, siendo el que presento completamente distinto de esos extranjeros por su colorido y calidad.
2.ª Pídanse prospecto y se remitirá gratis.

CONSTITUCIÓN DE FUSILANDIA
Tratado completo de Revolución desde arriba.

SEGUNDA EDICIÓN

He aquí el índice de esta obra monumental que será la admiración de las generaciones futuras

I. De la nacionalidad.—II. De la forma de gobierno.—III. De las Cortes.—IV. De los Ministros.—V. De la Administración.—VI. De las Contribuciones.—VII. Del Ejército.—VIII. De la Administración de Justicia.—IX. De las clases pasivas.—X. De la Enseñanza.—XI. De la Iglesia.—XII. De la Diplomacia.—XIII. De las Aduanas.—XIV. De la libertad de Comercio.—XV. De la observancia de la presente Constitución.

Precio: 1'50 pesetas.

Los pedidos á D. José Arrufat, calle de los Caños, 4, Madrid.

Sastrería Eclesiástica y Ornamentos de Iglesia
de
VAYÁ Y PRAST

Sotanas desde 25 pesetas. Manteos desde 73. Dulletas desde 35.—Corte esmerado; prontitud en el servicio de los pedidos.

VALENCIA: Bordadores, 12, pral.
(Frente al Miguelete).

Disponibile.

Casa de viajeros
de toda confianza, de nuestro correligionario SR. NIETO.

Trato esmerado, abundante y económico.

ESPARTEROS, 8, SEGUNDO, MADRID

MARCA DEPOSITADA.

CHOCOLATE DE LA TRAPA

FABRICADO POR Los Religiosos Cistercienses —VULGO— TRAPENSES DE SAN ISIDRO EN VENTA DE BAÑOS.

	PAQUETES	PASTILLAS	PESETAS
1.ª marca: Chocolate de la Trapa.	400 gramos...	14, 16 y 24	1,25, 1,50, 1,75, 2 y 2,50
2.ª marca: Chocolate de Familia.	460 »	14 y 16	1,50, 1,75, 2 y 2,50
3.ª marca: Chocolate Económico.	350 »	16	1 y 1,25

Elaborados según fórmula aprobada por los Laboratorios Químicos Municipales de Madrid, Pamplona y San Sebastián. Cajitas de merienda, 3 pesetas, con 64 raciones. Descuentos desde 50 paquetes. Portes abonados, desde 100 paquetes hasta la estación más próxima. Se fabrica con canela, sin ella y á la vainilla. No se carga nunca el embalaje. Se hacen tareas de encargo desde 50 paquetes. Al detall. Principales ultramarinos.

LA BORRACHERA no existe ya.

Se manda gratuitamente una muestra de este COZA maravilloso.

Se puede tomar en café, te, leche, licor, cerveza, agua ó alimentos, sin saberlo el bebedor.

Tengan cuidado con las falsificaciones ¡El polvo COZA solo es eficaz contra la embriaguez!

El polvo COZA produce el efecto maravilloso de desgrasar al borracho del alcohol (cerveza, vino, ajeno, etc.) obra tan silenciosamente, y con tanta seguridad, que la mujer, hermana ó hija del bebedor, pueden administrárselo sin saberlo él, y sin que se necesite decirle lo que determina su cura.

El polvo COZA ha reconciliado millares de familias, ha salvado millares de hombres el opróbrio y del deshonor, y les ha vuelto ciudadanos vigorosos y hombres de negocios muy capaces; ha conducido á más de un joven por el camino derecho de la felicidad, y prolongado muchos años la vida de ciertos personas.

La Casa que posee este polvo maravilloso, envía gratuitamente, á quien lo pida, un libro de testimonios y una muestra. El polvo COZA es garantizado inocuo.

El polvo Coza se encuentra en todas las Farmacias y en los depositos al pie indicados.

Los depositarios no dan muestras, mas dan gratuitamente el libro de testimonios á los que se presenten en su Farmacia.

COZA HOUSE, 76, Wardour Street, Londres 344, Inglaterra

Depósito en Toledo: Farmacia de José María de los Santos, calle de la Plata, núm. 25.—Cajada de Oropesa: Farmacia de Justo Fernández.—Talavera de la Reina: Farmacia de P. Congregado, Medellin, 9.

RELOJERÍA
DE
Nicasio Abad.

En esta antigua y acreditada casa se venden toda clase de relojes y se hacen composturas á precios económicos y garantizadas.

FUENSALIDA (TOLEDO)

SE VENDE
á voluntad de su dueño una casa en la calle del Barco, número 19.
En la misma darán razón.

Piano
vertical,

SE VENDE, en muy buenas condiciones, por haberse su dueño provisto de "Armónium" y no serle necesario.

Razón: Sal, 6, 2.ª.—TOLEDO

LA UNIÓN ECLESIASTICA
DE
D. JOSÉ CAVANNA

GRANDES TALLERES DE ROPA TALAR

PLAZA DEL CELENQUE, NÚM. 1.—MADRID